

Bilbao se volvió hacia la filosofía, la tradición común que ha proporcionado el acervo conceptual a las ciencias sociales surgidas en el siglo XIX. De la mano del filósofo Juan Blanco trabajó durante años con estos autores. Pero no sólo los que aparecen en el libro. Fundamentalmente se trata del pensamiento griego, y en particular de Aristóteles, un pensamiento en el que el hombre «sociable por naturaleza» sirve de espejo en el que se proyecta como diferencia el hombre asocial.

Por otro lado, he de decir que, supongo que al igual que le ha de suceder a cualquiera que se enfrente con este libro, hay partes que a mí me parecen más acabadas o sugerentes que otras. En concreto, estoy pensando en el tratamiento de Weber, un abordaje que Andrés Bilbao realizó en permanente diálogo con su amigo Roberto González León, quien escribió un maravilloso texto sobre la ascesis en la obra de Max Weber.

Y también es necesario decir algo al margen de este libro póstumo, sobre todo para quienes *Individuo y orden social* suponga el primer acercamiento a la obra de Andrés Bilbao. Dicha obra, dispersa en artículos y libros escritos a lo largo de muchos años, no es fundamentalmente la de alguien especialista en la teoría sociológica, como este libro induciría a pensar. Andrés fue un investigador de lo social, y en particular de cuestiones de sociología económica, que intentó siempre apresar y codificar lo que aparece bajo los conceptos de mercado de trabajo, clase obrera, economía sumergida, yacimientos de empleo, etc. Confrontándose con las explicaciones de las teorías económicas, la «gramática en la que escribe la sociedad moderna»

puso de manifiesto los problemas y limitaciones de ese discurso y de quienes lo encarnan, para bien o para mal. Producto de ese trabajo, dos libros me parecen especialmente relevantes, *Obreros y Ciudadanos* y *El accidente de trabajo, entre lo negativo y lo irreformable*.

Pues bien, *Individuo y orden social*, escrito y reescrito a lo largo de muchos años, es un intento de arrojar alguna luz sobre problemas que la investigación empírica plantea y que no puede resolver circunscrita en sus propios parámetros.

Esther PASCUAL LÓPEZ

Cas Wouters

Informalization: Manners & Emotions since 1890

(Sage Publications, 2007)

Hágase la prueba. Preguntemos a cualquiera de los que nos rodean por su forma de comportarse; el porqué del saludo, la compostura en la mesa, la vestimenta adecuada o las reglas de conversación. Las respuestas darán cabida a distintos argumentos: se hablará de lo que es o no natural, higiénico y funcional; de lo que es puro sentido común o de lo que es como es al amparar los siglos tal o cual costumbre. Sin embargo, la inmediatez de estos motivos apenas servirá para percibir dimensiones menos visibles: el condicionamiento social del comportamiento, su papel en la pugna por

el prestigio y la distinción o los habituales juicios de valor que suscita. Tampoco se referirán a su profundidad última, aquella que en nuestra cultura contrapone la conducta civilizada —que capacita al individuo para la vida social— al bárbaro desgobierno de la persona. Nuestra prueba inicial se queda corta y, para remediarlo, Cas Wouters echa mano de la sociología. A riesgo de equivocarme, sospecho que el autor no sea muy conocido por estos pagos. No obstante, es miembro destacado de esa «familia figuracional» que le fue creciendo a Norbert Elias con *El proceso de la civilización*. No ha optado por la síntesis, sino por la ampliación y corrección de las aportaciones de su maestro persiguiendo un concepto al que ha dedicado gran parte de su vida. *Informalización* se llama. Centrarse en este concepto es centrarse en el plan del libro.

La noción de *informalización* alude a una gestión reflexiva e individualizada de la conducta y las emociones; una modalidad de autocontrol que atiende a escenarios y audiencias y no preconiza la represión impulsiva, sino la administración selectiva del comportamiento y los afectos. De acuerdo con Wouters, la tendencia informalizadora es dominante a lo largo del siglo xx. Para demostrarlo recurre al material empírico que proporcionan manuales de urbanidad y buenas maneras estadounidenses, alemanes, holandeses y británicos. Partiendo de estas publicaciones, recorre los cambios que experimentan las prescripciones sobre el comportamiento desde 1890 hasta hoy; cambios que apuntan al afianzamiento de la informalización. Aquí, Wouters recuerda más que nunca a Elias. Extrae de los manuales continuos ejemplos, desciende al nivel de lo mínimo en sus

comentarios y se recrea en el análisis pormenorizado del beso social, la familiaridad en el lenguaje, el uso de los nombres propios, la expresión de la intimidad, las referencias a las necesidades corporales o la utilización de los pronombres personales en el tratamiento. Todo esto sin dejar de lado las comparaciones que para cada cuestión realiza entre Estados Unidos, Holanda, Alemania y Reino Unido. Así pues, quien quiera detalles no se verá defraudado. Mas no reside ahí el valor de la obra, o no sólo ahí. Interesa, ante todo, manejar el detalle; tomar los innumerables ejemplos que ofrece el autor para integrarlos en un esquema explicativo que, a la par que general, resulte ambicioso. En definitiva, poner algo de nuevo en la teoría del proceso de la civilización.

Las alarmas saltaron en los sesenta: todo un abanico de conductas y emociones antes censuradas o dudosas se abrían hueco en lo cotidiano frente a restricciones sociales, legales y morales. Nuevos peinados y vestidos, nuevos ritmos, un nuevo lenguaje, nuevas expresiones del sexo... Y con las novedades llegaban las críticas a las convenciones sociales por rígidas, artificiales, hipócritas y carentes de sinceridad. Enfrente se alzaban voces denunciando el intolerable clima de laxitud y permisividad sociales. Aquellas alarmas, con todo, no sonaban únicamente para los valedores de la moral. También lo hacían para el proceso de la civilización y sus estudiosos. Sucedió que si tal proceso caminaba en sentido de un autocontrol creciente, lo cierto es que la desinhibición conductual y afectiva del momento no parecía confirmar el inevitable avance de lo autocontrolado. ¿Y si el proceso se hubiese detenido? ¿Acaso había cambiado de dirección? Ni de-

tección ni cambio apunta Wouters. Momentos similares se habían vivido durante la *Belle Époque* o los felices años veinte. Ocurría que el autocontrol adoptaba una pose distinta para presentarse como «descontrol autocontrolado». Más y más alternativas de conducta y expresión emocional irrumpían en escena sin que ello implicase abandonarse crudamente a los impulsos. La informalización es precisamente eso, administración individual y escogida de comportamientos y afectos. La gestión reflexiva de la acción arrincona los dictados de la conciencia autoritaria como medio para gobernar la conducta; el inflexible Super-Ego entrega el bastón de mando a un Ego moldeable y maleable. Lo que Elias describe desde el Renacimiento hasta el siglo XIX es, esencialmente, un proceso de formalización en el cual la actuación del individuo queda paulatinamente sometida a constricciones que mudan desde la coacción física a la vergüenza social. No descarta Wouters que en tan largo recorrido se hayan producido repuntes informalizadores y, si ha sido así, desde luego que sucumbieron ante el peso de lo formalizador. Desde esta perspectiva, el proceso de la civilización es progresiva formalización. Pero el autor viene a decir que el siglo XX es civilización informalizada, esto es, debilitamiento del autocontrol tradicional y ascenso del autocontrol reflexivo. Su análisis de los manuales lo confirma y, dando un paso adelante, conecta la informalización con cambios en la estructura de las sociedades. Además de atender a lo «micro», hay que ocuparse de lo «macro». Wouters entiende que: a) la integración de grupos periféricos (clases bajas, mujeres, jóvenes, minorías étnicas, homosexuales, lesbianas...); b) la reducción de la distancia social y los nuevos balances de po-

der en sentido democratizador; c) el crecimiento de las redes de interdependencia a raíz de la urbanización, industrialización y terciarización, y d) la provisión material junto a la seguridad institucional procuradas por el Estado de Bienestar, son las grandes variables estructurales que corren parejas a la informalización del comportamiento individual. Más individuos en condiciones de dependencia recíproca se ven obligados a ajustar su conducta en interacciones y entornos diversos, aumentando así la exigencia de flexibilidad. No hemos dejado de autocontrolarnos; antes bien, esos controles se han sofisticado individualmente.

Asumiendo la injusticia que para el desarrollo argumental del autor supone la brevedad de esta reseña, queda consignado hasta aquí el contenido fundamental del libro. Se nos muestra cómo se ha perfilado la personalidad contemporánea ofertando una respuesta sociológica a por qué somos hoy como somos. Otros muchos analistas se han ocupado de ello oscilando entre una suerte de añoranza pesimista (Sennett, Lasch), el descreimiento escéptico (Lipovetsky) y la reivindicación comunitaria frente al desvarío individualista (Bellah). Wouters no ocupa ninguna de estas posiciones; ni la nostalgia, ni el escepticismo, ni la indignación afectan a su análisis; no hay compromiso, sino distanciamiento. Su voluntad de asepsia lo aleja tanto del agorero que ve en las conductas actuales síntomas inconfundibles de declive moral como del ingenuo que lo fía todo al irresistible progreso de la libertad. Lo que hay son límites sociales, los propios de sociedades complejas, e individuos en situación de dependencia mutua. Y un proceso de informalización detectable en sus líneas maestras y compati-

ble con ciertas variantes nacionales. Sobre esas variantes nacionales, el autor nos surte de abundantes claves. Los *habitus* —en sentido eliasiano— de comportamiento y emocionalidad en cada uno de los países analizados ilustran la naturaleza cambiante y dinámica de lo que otros insisten en ver como caracteres nacionales sustancialmente invariables. El autor es minucioso y exhaustivo en la descripción y seguimiento de su evolución. Funciona aquí con la lógica de la precisión, examinando con lupa manuales y manuales, cotejando ediciones, al uso, si se quiere, del historiador que bucea en las fuentes a la caza del pormenor. Reuniendo evidencias y acumulando casos, la generalización final que se realiza en base a las pruebas resulta consistente: sí, efectivamente, la informalización es un hecho.

Es, por contra, la conexión con las tendencias «macro» la que podría plantear mayores problemas. O la propia ilustración de esas tendencias. Es evidente que la sociología se siente cómoda con las generalizaciones. Wouters da prueba de ello al referirse, en el marco de las sociedades occidentales, al incremento de la interdependencia, la reducción de las desigualdades grupales o los crecientes niveles de integración social. Este tipo de asertos son habituales entre los sociólogos y forman parte del acervo de la disciplina. Sin los mismos no imaginamos a Durkheim explicando el paso de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica; a Weber construyendo su tipo ideal de burocracia, o a Tönnies confrontando «comunidad» y «asociación». En realidad, Wouters da por buenas las variables estructurales que en su día definió Elias para el proceso de la civilización y, salvo alguna novedad —la cobertura del Estado

de Bienestar y su relación con la conducta individual—, nada añade a lo esencial. Este asunto de las generalizaciones se aviene con un tipo de crítica que suele materializarse en un cargo recurrente contra el autor: ausencia de concreción o simplificación de procesos sociales complejos. De hecho, tal cargo ya figura en alguna de las primeras reseñas que ha merecido el libro, no siendo extraño que provengan del campo de la historia, anegada hoy por monografías, estudios de caso y sobreatención por lo particular (véase, por ejemplo, Peter N. Stearns, «Informalization and Contemporary Manners: The Wouters Studies», *Theory & Society*, 36, 2007: 373-379). Si el objetivo de Wouters era, y lo es, trazar un recorrido por las principales transformaciones habidas en el comportamiento desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, puede darse por cumplido. Y si se conectan esas transformaciones con los cambios de las grandes estructuras es viable hacerlo manejando conceptos que, sin remedio, generalizan, aunque posean la virtud de sintetizar para solventar un problema: lidiar con una realidad social que, si se quiere, puede ser tan fragmentaria, única y atomizada como el analista desee. En cualquier caso, es adentrarse en terreno pantanoso y no es éste el momento ni el lugar para hacerlo. Más útil resulta calibrar las implicaciones teóricas de la obra. Aunque Elias ya había hablado de informalización en *The Germans* (1996), es Wouters quien desarrolla el concepto sumándolo al de *descivilización* como nociones prioritarias dentro de las actuales investigaciones de inspiración figuracional. El autor ha perfilado el contorno y el contenido del autocontrol informalizado. Por un lado, esto brinda la posibilidad de que podamos contemplar el proceso civilizatorio como alternancia o coexistencia de

dinámicas formalizadoras e informalizadoras; al cabo, un enriquecimiento de la matriz eliasiana. Por otro, habrá que desarrollar algunas cuestiones que quedan pendientes.

¿A todo proceso informalizador le antecede otro de signo formalizador? El autor sostiene que así debe ser si queremos seguir hablando de civilización. En el supuesto de no haber una situación previa de formalización, lo informalizado devendría en consagración de «la ley del más fuerte» como principio regulador de la conducta en sociedad. Y esto entronca con la siguiente cuestión: ¿qué papel juega la violencia en relación a la informalización? No hay que olvidar que las grandes enmiendas a la teoría del proceso civilizatorio provienen de contemplar las manifestaciones de violencia que marcan el siglo pasado, léase guerras mundiales, genocidios, exterminios y asesinatos en masa. Por tanto, la violencia es central, tanto para el eliasiano como para los detractores de Elías. Wouters no la toca y sería interesante profundizar en su expresión informalizada y las ocasiones y espacios en los que ésta se hace presente. Y una última puntualización: ¿alcanza la informalización a todos los ámbitos de la conducta o algunos de ellos escapan a su influjo? Si, como Elías afirmó, los argumentos higiénicos se emplean como legitimación normal de las coacciones sobre el comportamiento, a la vez que los estándares de limpieza y aseo se espesan ganando rigidez, no parece que hoy — y ésta es una afirmación más intuitiva que meditada— se aprecie una «informalización higiénica» que torne flexibles aquellos estándares.

En suma, Wouters abre otros frentes y sugiere nuevas vías. Un destacable ejercicio de socio-

logía histórica que es también un referente más que notable a la hora de acercarse al estudio de las maneras y las emociones. Volviendo al principio, la pregunta que se formulaba tiene con este libro una mejor respuesta. Como puede verse, ni autocontrol ni descontrol extremos. La informalización atiende a otras razones y Wouters ha dado razonablemente con muchas de ellas.

Fernando AMPUDIA DE HARO

Juan José Castillo

**El trabajo fluido en la sociedad
de la información:
organización y división del trabajo
en las fábricas de *software***

(Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2007)

Las ciencias sociales, y en particular la sociología, han prestado un especial interés, desde hace ya varias décadas, al advenimiento de la denominada sociedad de la información o del saber, en la que, según numerosos expertos y gurús, los empleados de sectores vinculados con la producción y la circulación de información se convertirían en el arquetipo de las nuevas clases creativas (por utilizar la popular expresión de Richard Florida), con las nuevas tecnologías como soporte esencial. Estos trabajadores del conocimiento serían, según estos discursos, los más productivos y los que más valor aportarían a la actividad empresarial